LA IGLESIA

FICHA: SUCEDIÓ EN PENTECOSTÉS

ANEXO I DÉCIMO FRAGMENTO DEL DIARIO DE JUDIT

Jerusalén, día 8 del mes de Elul

Un día tranquilo en medio de este tiempo intenso. La verdad es que todo ha sido intenso desde que conocí a Jesús, pero estos últimos meses no he tenido tiempo ni para escribir. Hoy hace un calor aplastante y algunos están dormitando; yo no tengo sueño y tengo ganas de recoger lo vivido en este tiempo en el diario. Hace meses que no escribo, pero hay acontecimientos tan importantes que deben quedar por escrito, sea para mí o sea para otros que vengan después.

Y es que cada vez veo más claro que otras personas vendrán después. No sé cuánto tardará en llegar totalmente el Reino de Dios que Jesús anunció, pero ya ha empezado y es más grande de lo que nosotros soñábamos. Y en el camino irá involucrando a muchas personas, conquistando muchos corazones, sumando, aunando... Ya se nos han sumado muchas personas que ni siquiera llegaron a conocer a Jesús. Y pensar que cuando lo mataron lo dimos todo por perdido... Qué angustia, qué pozo más oscuro... María lloraba suavemente, Pedro y los demás se encerraron en la rabia, maldiciendo su propia cobardía, yo... yo simplemente sentía que no podía respirar.

Fue tan duro, tan brutal, tan cruel... Se ensañaron con él antes de crucificarle. Cómo le torturaron... Como si la crucifixión no fuera suficientemente brutal en sí... Tal vez querían que diera nuestros nombres, tal vez simplemente quisieron disfrutar cruelmente de su poder, vengarse de la grandeza de Jesús, sentirse poderosos machacándole, arrancándole la humanidad... Cuando le vimos casi no pudimos reconocerle, de destrozado que estaba. Los hombres huyeron, se escondieron entre la gente, temiendo por sus vidas e incapaces de ver a su Maestro, al hombre al que admiraban, deshecho, llevado al matadero como un animal peligroso y maldito...

Sólo Juan se quedó con nosotras. No podíamos irnos. No podíamos dejarlo solo. No podíamos volver la cabeza. Por encima del miedo y de la incredulidad permaneció una especie de instinto de vínculo, como un





SEGUIMIENTO

lazo, un imán, que nos decía que teníamos que estar allí, ciegamente, sin esperanza, pero sólo estar allí, con él, hasta el final.

Él nos vio. Lo supo. Fue un consuelo pobre, pero al menos supimos que supo de nuestro amor impotente, junto a él, junto al suyo, unido al suyo. Intentó hablarnos con el hilo de voz que le quedaba, desangrado, agonizante... A pesar de todo lo que ha pasado después, lo recuerdo y no puedo evitar llorar... Cómo le quise en ese momento. Cómo sentí no morir con él. Sólo podía intentar sostenerme para que me viera ahí, junto a él, a los pies de la cruz...

Murió rápido. Le habían torturado tanto que ya estaba medio muerto cuando lo crucificaron. Rogamos que nos dieran el cuerpo y pudimos darle sepultura. Mis padres, que habían ido a Jerusalén para la fiesta y estaban también conmocionados por lo injusto de la ejecución de Jesús, al que habían empezado a conocer, nos ayudaron, junto con Nicodemo y José de Arimatea, que ofreció el sepulcro. Sin la ayuda de esas personas no hubiéramos podido recuperar el cuerpo y le hubieran arrojado a cualquier fosa común. Yo no podía dejar de llorar mientras lavábamos y ungíamos apresuradamente su cuerpo en los pocos minutos que nos quedaban antes del sábado. Luego, refugiados en casa de Marcos, creí que yo también me moría...

El sábado parecíamos todos fantasmas; nos sentíamos fantasmas. ¿Cómo seguir viviendo? ¿Cómo volver a nuestra vida de antes? Ya no quedaba nada de ella. Yo me veía volviendo a Betsaida, Casándome con Joel, atendiendo la Casa, dando limosna y arreglándome para mi marido y me veía con un enorme agujero oscuro en el alma, un vacío negro y voraz... Sólo hacía tres días, creíamos que el mundo iba a Cambiar... y en aquel momento sentíamos que lo que había Cambiado era sólo nuestro mundo, con la muerte definitiva de todas nuestras esperanzas.

Y la ausencia de Jesús...

La mesa en la que él se había sentado, la toalla que había usado para secarnos los pies a todos, los restos de aquella cena inolvidable...

Era difícil de soportar.

Después de una noche intranquila, las mujeres nos levantamos antes del alba para salir, con las primeras luces, a arreglar el cuerpo de Jesús. Era





SEGUIMIENTO

lo único que podíamos hacer por él ya, y queríamos hacerlo bien. Ningún hombre nos acompaño, y nos entró la duda de si seríamos capaces de mover la piedra que tapaba el sepulcro. Pero la piedra estaba ya movida. Cuando la Vimos, nos asustamos y entramos corriendo en el sepulcro. Ahí estaban tumbados, sin deshacer, los lienzos en los que habíamos envuelto el cuerpo de Jesús, pero él no estaba.

Aún estábamos con la boca abierta cuando algo pasó. Cuando luego lo hablamos no logramos ponernos de acuerdo, porque cada una lo sintió de una manera, pero todas percibimos de alguna forma una presencia, como de dos seres, que nos decía lo que en el fondo del corazón sabíamos, pero que no podíamos reconocer por el dolor: que Jesús había resucitado. "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado. Recordad lo que os dijo cuando estaba en Galilea..."

Y la esperanza floreció en el centro del dolor.

Volvimos corriendo, entre risas y lágrimas, a decírselo a los demás. Hablábamos tan atropellado, tan felices, tan esperanzadas, según íbamos comprendiendo lo que estaba pasando, que al principio no nos entendieron. Luego les vimos mirarse de reojo y mirarnos con cara desconfiada y compasiva: "iestas mujeres!...", "están delirando" – susurraba alguno – "tranquilas, venga, luego nos lo contáis mejor"... Pero Pedro y Juan fueron corriendo al sepulcro, y volvieron confirmando que no estaba el cuerpo de Jesús, alarmados.

Los hombres empezaron a imaginarse quién lo habría robado, mientras que nosotras, cada vez más alegres, nos burlábamos de ellos y trajinábamos por la casa llenas de energía. María, la de Magdala, se había quedado a la puerta del sepulcro llorando; aún dentro de su dolor. No había pasado media hora cuando llegó resplandeciente: "iLe he visto!, ile he visto!, ihe hablado con él!, iestá vivo!". Nos contó que, mientras aún estaba llorando, cegada por las lágrimas, se le había acercado un hombre, y la había llamado por su nombre, con el acento inconfundible y amado de Jesús. La había enviado de vuelta para que nos lo contara...

Y, a partir de ese momento, primero uno, luego otro, luego juntos, nos fuimos encontrando con Jesús. Un Jesús distinto, pero el mismo, de Carne y hueso, pero diferente, ya no sólo vivo, sino resucitado.





El encuentro con él fortaleció nuestro corazón y nuestro ánimo; mayor de lo que había sido el dolor, fue la esperanza y la alegría que nos desbordó. Pero comenzamos a percibir que algo estaba cambiando, algo estaba naciendo; las cosas no eran ya como fueron antes de la Pascua. Algo nuevo tenía que nacer, y, para que naciera, teníamos que aceptar que Jesús ya no estaba con nosotros de la misma manera. Él dijo que tenía que ir al Padre y nos prometió enviarnos su Espíritu, pero no sabíamos bien qué era eso y, cuando dejamos de encontrarle de forma sensible, el miedo y la duda crecían...

Nos quedamos juntos en Jerusalén, medio escondidos. No nos atrevíamos a dejarnos ver, porque había corrido la voz de la desaparición del cuerpo de Jesús y se rumoreaba que decíamos que había resucitado, y los sumos sacerdotes estaban furiosos con nosotros, acusándonos de "engañar al pueblo". Si pensaban que íbamos a continuar el movimiento de Jesús nos irían crucificando uno a uno: si lo habían hecho con Jesús, menos les costaría con nosotros. Discutíamos largamente qué había que hacer, y, cuando llegábamos a un punto muerto, a veces intentábamos rezar como habíamos visto hacer a Jesús, como habíamos hecho con Jesús...

En esas estábamos cuando llegó el día de Pentecostés. La discusión se había prolongado toda la noche. Algunos insistían en que volviéramos a Galilea; allí, en las aldeas, o incluso entre las montañas, sería más difícil que nos encontraran y podríamos continuar la misión de Jesús. Otros decían que debíamos volver a nuestra vida normal hasta que Jesús volviera e instaurara su Reino. Otros insistíamos, por una especie de intuición terca – o porque no podíamos imaginarnos volviendo a nuestra vida normal -, en que debíamos quedar juntos y esperar... Después de argumentar, asustarnos, enfadarnos, conciliar durante buena parte de la noche, María, la madre de Jesús, nos propuso que intentáramos poner nuestra discusión en manos del Padre, como Jesús solía hacer, y pedirle su luz, su Espíritu, su sabiduría...

... Era el amanecer del día de Pentecostés...

... No sé qué pasó. Nunca podría describirlo. Pero, con los primeros rayos, todos sentimos un fuego que nos alcanzaba y nos calentaba el corazón, y ponía palabras en nuestra boca. Y un viento fuerte se llevó nuestro temor y nuestras dudas y supimos lo que debíamos hacer, y nos sentimos llenos del Espíritu de Jesús para hacerlo. Salimos a la calle y





SEGUIMIENTO

comenzamos a hablar de Jesús a quienes encontramos. Había un montón de gente, muchos extranjeros, de otra lengua, que, sin embargo, nos entendían como en su idioma nativo. Pronto corros de gente nos rodeaban, y Pedro tomó la palabra (siempre ha tenido un vozarrón), y, cuando quisieron dispersarnos, nos reunimos en otro lugar, y mucha gente se nos unió. Aquel día comenzamos a bautizar en nombre de Jesús...

Algo nuevo había nacido. Una asamblea. Un pueblo. Nacido y sostenido por el Espíritu de Jesús.

Poco a poco, nos hemos ido organizando. Nos damos cuenta de que a nosotros nos corresponde ahora anunciar el Reino de Dios, con la enorme alegría de saber que, con Jesús, el Reino de Dios ya está entre nosotros. No sabemos lo largo que será el Camino, pero sí que tenemos la garantía del mismo Dios... el Dios que resucitó a Jesús.

Estamos intentando vivir de acuerdo con lo que Jesús nos enseñó. Compartimos las casas y los bienes, nos reunimos y partimos el pan como Jesús hizo aquella noche... Poco a poco van surgiendo necesidades de distribuir funciones, según las capacidades que Dios nos ha dado a cada uno... Nos reunimos para orar, partir el pan, atender a los necesitados, predicamos, anunciamos la Buena Noticia, acogemos y bautizamos a los que la reciben... Nos hemos constituido en Iglesia (asamblea), la iglesia de Jesús que se reúne en Jerusalén.

Claro, se nos ve y se nos nota. Los dirigentes ya están bastante molestos con nosotros, y a Pedro, a Juan y a algunos otros les han metido en la Cárcel y prohibido predicar, después de darles una paliza que los dejó tumbados en la Cama una semana, y con algún hueso roto. Pero estaban tan contentos. Yo les miraba y me acordaba de que, no hace tanto, estaban muertos de miedo... Realmente, algo grande ha pasado.

A pesar de las persecuciones, y a veces incluso por ellas, algunos ya han salido, como hacíamos con Jesús, a anunciar su Resurrección, la llegada del Reino, y han comenzado a nacer otras iglesias en otros lugares. Todos nos sentimos unidos en una sola fe, un solo bautismo y una sola esperanza, aunque somos muy distintos y luego hay muchas cosas en las que nos cuesta ponernos de acuerdo. Se han acercado algunas personas gentiles, y algunos creen que no pueden ser cristianos (como nos han comenzado a llamar) si no se convierten al judaísmo... Otros decimos





SEGUIMIENTO

que Jesús nunca puso condiciones de ese tipo... Algunos no quieren que las mujeres prediquemos, icómo si no fuéramos las primeras que podemos dar testimonio de su Resurrección! No aprenden...

Algunos se empeñan en organizar todo al milímetro, otros quieren que las cosas sean más flexibles; algunos están muy preocupados por quién manda y otros insisten en que debemos tomar las decisiones juntos. Se han sumado algunos fariseos, totalmente convertidos, pero que no pueden evitar escandalizarse cuando no cumplimos las normas de observancia en los rituales y lo que se puede o no se puede comer. Algunos dicen que deberíamos hacerles caso, para que los dirigentes no nos puedan acusar de poco observantes, pero yo no puedo evitar pensar que Jesús nunca estableció ese tipo de normas. Pero, a pesar del Espíritu, es difícil que seamos tan libres y tan audaces como Jesús...

Así que aquí estamos. Yo, de momento, me he quedado en Jerusalén; mis padres han vuelto a Betsaida, donde participan de la iglesia de Galilea; quién me lo iba a decir a mí, sobre todo de mi padre, con lo que se opuso al principio... Mi madre ha renacido, en realidad, los dos lo han hecho. Joel rompió el compromiso una vez que supo de mi vinculación con Jesús, para mí ha sido una liberación, pase lo que pase después. De momento, en la comunidad nos ayudamos unos a otros; así que no me da miedo quedarme sola y desvalida... La verdad es que confío en Dios...

Cómo no confiar en un Dios que resucitó a Jesús y hace nacer ante mis ojos un nuevo pueblo...

Al viento de su Espíritu.

Judit



